

Papa con que sino abandonaba las investiduras al rey de Germania, mandaria les sacasen los ojos y hasta que le quitasen la vida. En seguida los soldados de Enrique robaron las tapicerías y todos los efectos preciosos que se habian puesto en público para honrar la entrada del emperador: golpearon ferozmente á los clérigos y á los legos, asesinaron é hirieron un gran número de personas de todos estados, y aun á los niños que habian ido en procesion delante del príncipe con palmas y flores. En un instante la iglesia de San Pedro quedó cubierta de cadáveres é inundada de sangre.

A esta novedad el pueblo romano corrió á las armas, acometió á cuantos alemanes hallaba, y forzó al emperador á retirarse precipitadamente á su campamento, que estaba á las puertas de la ciudad; pero se llevó consigo al Papa, á quien despojó de sus ornamentos, y ató como á un malhechor. Exhortaba entretanto el obispo de Túsculum á los romanos á inmolar su vida para contener unos atentados mas horrorosos que todas las calamidades. «¿Qué desastre mayor, decía, podemos temer? Gime cargado de cadenas el vicario de Jesucristo entre las manos de los impíos. Un velo tenebroso cubre á vuestra madre la Iglesia, la que no se mantiene sino de lágrimas, mientras vosotros no agoteis su manantial. ¿Qué es lo que puede deteneros, romanos magnánimos? Estos bárbaros cobardes, insolentes cuando cedemos, no pensarán sino en la fuga cuando vosotros queráis decididamente castigar su insolencia. Pero si es necesaria mayor esperanza para estimular vuestra virtud, confiad en la justicia de Dios y en el poder de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Nosotros concedemos en su nombre indulgencia plenaria de todos los pecados á cuantos perezcan en defensa de tan buena causa.» Obligáronse al punto los romanos, y bajo los juramentos mas terribles, á no

prestarse nunca á las miras criminales de rey Enrique.

En efecto, permanecieron siempre fieles al Papa Pascual, aunque el rey devastó todas sus tierras, procurando al mismo tiempo seducirlos con toda clase de promesas y de artificios. Por último, no pudiendo romperlos, y no osando tampoco combatirlos, convino en soltar al Papa despues de dos meses de detencion, con tal que el Papa le cediese las investiduras. Protestó por otra parte que él no pretendia dar ni los derechos ni las funciones eclesiásticas, sino únicamente las regalías, esto es, los dominios y las otras ventajas que dependian ó habian dependido de la corona. Sin embargo, en el privilegio arrancado al Soberano Pontífice, se acordó que el que hubiera sido, elegido canónicamente, no podria ser consagrado por persona alguna antes de haber recibido del rey la investidura; y esta investidura para la consagracion del elegido, y no la de regalía, es la que mas tarde fué declarada en Concilio contraria al Espíritu Santo y á la institucion canónica. Deshecho en lágrimas Pascual, cedió á las circunstancias y al peligro próximo de un cisma que él habria querido evitar, segun se esplicó, aun á costa de su sangre, el tratado fué firmado por diez y seis cardenales, y se ofreció olvidar todo lo pasado.

Cinco dias despues, en 13 de abril, el rey fué coronado solemnemente emperador en la iglesia de San Pedro. El Sumo Pontífice celebró los santos misterios, y cuando llegó á la fraccion de la hostia (dice Sigeberto, fautor de los emperadores cismáticos), tomó una parte, y la otra se la dió al emperador diciendo: «como ha sido separada esta parte del Cuerpo vivificante, asi sea eseluido del reino de Jesucristo el que violare este tratado.» Despues de la ceremonia regresó el emperador á su campamento, y el Pontífice con los obispos volvió á entrar

en Roma en medio de las aclamaciones de un pueblo numeroso. Era tan grande el tropel, que no se pudo llegar hasta la noche al palacio pontificio. Envió el emperador ricos regalos al Papa, á los cardenales y al resto del clero, y despues emprendió su regreso á Alemania. Habia arrancado tambien á Pascual el permiso de tributar los honores fúnebres al emperador Enrique IV, á consecuencia del testimonio de muchos obispos que juraron haber muerto penitente. Y asi, luego que llegó á Spira, donde el cadáver permanecia despues de cinco años privado de sepultura eclesiástica y de las oraciones de la Iglesia, congregó á los señores y á un gran número de prelados, y le hizo funerales mas magníficos que los que se habian acostumbrado con ninguno de sus predecesores.

Cuando parecia restablecida la concordia entre Alemania y la Santa Sede, temiéronse turbulencias en el seno mismo de Roma, y quizás mas terribles aún que todas las que se habian ya calmado. Los cardenales, que permanecieron en ella durante la prision del Papa, el obispo de Tusculum que habia alentado tan eficazmente á los romanos contra la tiranía de Enrique, Bruno, obispo de Segni y abad de Monte-Casino, ilustre por su nacimiento, por las honrosas embajadas que habia desempeñado, y mucho mas aun por las virtudes que le colocaron en el número de los Santos, se reunieron con otros muchos prelados mientras el Papa estaba fuera de Roma, y calificando de prevaricacion su condescendencia, dieron y firmaron un decreto tanto contra él como contra la concesion de las investiduras; y muchos de aquellos que habian consentido y adherido al tratado del Papa, se conformaron con el parecer de estos rigurosos censores. Pascual, alarmado con esta fermentacion que supo en Terracina, reprendióles por escrito la indiscrecion de su celo, ofreciendo sin embargo corregir lo que solo habia fir-

mado por evitar mayores desgracias. No dejó al propio tiempo de demostrar algun resentimiento contra el obispo de Segni el mas acreditado de los coligados; y bajo el pretesto de incompatibilidad entre las obligaciones de abad y de obispo, incompatibilidad acerca de la cual se habia negado antes constantemente á las frecuentes representaciones del mismo Bruno, dispuso le fuese nombrado un sucesor en la abadía, y á él le envió á su diócesis.

Este proceder no sofocó el descontento. Para precaver el cisma de que estaba amenazada la Iglesia, juntó Pascual en 18 de marzo de 1112 en la iglesia de Letran un concilio al que asistieron unos cien obispos, gran número de abades y una extraordinaria multitud de clérigos y de legos (1). Espuso el Papa en términos patéticos el modo con que habia sido tratado y forzado por el emperador á concederle lo que le habia exigido. «Reconozco, añadió con un humilde candor, la falta que he cometido en ceder á la fuerza sin tomar consejo de mis hermanos; y á fin de que ni la Iglesia ni mi alma padezcan por esto, deseo que aquí mismo se rectifique mi error. En cuanto á el modo de hacerlo me remito igualmente al juicio de esta santa asamblea; sin embargo, habiendo yo jurado no inquietar mas al rey en lo futuro, no le excomulgaré nunca aun cuando él haya violado su propio juramento. Sea Dios el juez del monarca y de sus cómplices.» Godofredo de Viterbo, que era entonces secretario del emperador, añade que el Papa quiso hacer dimision del pontificado, y que se despojó al punto de la mitra y de la capa, pero que los Padres se las volvieron á hacer poner: resolvieron sin embargo que los mas sábios y los mas experimentados de entre ellos deliberasen con madurez sobre el fondo de la cuestion, para dar

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 767.

la respuesta á la mañana siguiente. En este intervalo los cardenales Roberto y Gregorio, Leon, obispo de Ostia; Gregorio, obispo de Terracina, y dos prelados franceses, los únicos que habia en el concilio, á saber, Gerardo de Angulema, legado en Aquitania, y Galon de Laon, estendieron el decreto que Gerardo tuvo el encargo de leer en medio del concilio: estaba concebido en estos términos (1): «Nosotros todos, reunidos con el Papa nuestro señor en este santo concilio, condenamos por la autoridad de la Iglesia, como opuesto á la direccion del Espíritu Santo y á la institucion canónica, el privilegio sacado con estorsion del Papa Pascual por la violencia del rey Enrique, el que juzgamos nulo, y le anulamos absolutamente, prohibiendo bajo pena de excomunion tenerle en consideracion para cosa alguna.» Dieron todos los Padres su consentimiento con estas palabras: *asi sea.*

Gerardo de Angulema, llevado de aquel ardor de carácter que le precipitó despues en estravíos funestos, tuvo la osadía de llevar este decreto al emperador, y desempeñó esta comision peligrosa con una firmeza tal, que admiró al príncipe y tuvo desarmada su venganza el tiempo suficiente para que el legado pudiera evadirse de ella. Enrique, vuelto de su admiracion, enfurecióse mucho mas contra la Iglesia y sus defensores, y no tardó largo tiempo en darlo á conocer asi.

Entretanto el convenio sacado violentamente del Papa, y anulado ya, causó una agitacion general en el mundo cristiano. Celebráronse con este motivo concilios en Francia, Borgoña, Loreña, Sajonia, Hungría, y hasta en la Grecia y la Palestina. Los hombres mas grandes de estos tiempos, Joscerán ó Juan, sucesor de Hugo en el arzobispado de Lyon, el bienaventurado Ivon

(1) Chron. part. 17, pag. 898.

de Chartres, Hildeberto de Mans, contado tambien entre los santos y sábios de su siglo y el famoso Geofredo de Vandoma, se esplicaron sobre este punto cada uno con mas ó menos energía segun la dulzura ó aspereza de su carácter. Los de la metrópoli de Sens, aunque disculpaban la falta del Padre comun de los fieles como seguida de un pronto arrepentimiento, llegaron á compararla con la negacion de San Pedro y con la supuesta caída del Papa San Marcelino en la idolatría. Pero Hildeberto de Mans, en una Apología del Papa Pascual, demuestra que «á la prudencia del que gobierna la Iglesia toca dar ó derogar las leyes segun las circunstancias; que debemos interpretar favorablemente y en buen sentido lo que hacen los superiores, aun cuando ignoremos los motivos; que no toca á las ovejas reprehender al Pastor; que al fin y al cabo el Papa Pascual, luego que se vió libre, habia anulado lo que habia hecho á la fuerza cuando le tenian preso, y que habia parecido como un atleta, que despues de haber recibido algunas heridas, vuelve al combate con mas valor y precaucion.»

Causa hoy admiracion la animosidad que produjo la disputa de las investiduras; mas esta cuestion complicada, y no aclarada todavía en parte alguna, presentaba entonces un punto de vista muy distinto. Tenia dos objetos, de los que el uno, respectivo al modo de investir, no merecia ser combatido con tanto calor, y mucho menos prolongar las turbulencias que trastornaron la Iglesia y el imperio durante siglos enteros. Algunos Papas y una multitud de obispos trataban de sacrilegio el uso introducido, principalmente en Alemania, de poner el báculo y el anillo, señales sagradas de las dignidades espirituales, entre las manos profanas de los legos antes que llegasen á las santificadas por la uncion del sacerdocio; y persistian en creer, á pesar de las decla-

raciones contrarias hechas por los mismos príncipes, que dando los simbolos de la autoridad pastoral se arrogaban el derecho de conferir la autoridad misma y sus divinas funciones.

En cuanto al fondo de las cosas, los gefes de la Iglesia tenian muchas razones para reclamar contra una innovacion que anulaba las elecciones eclesiásticas hechas segun las leyes mas antiguas, que transferia á los príncipes el derecho esclusivo de proveer los obispados y abadías, de colocar en ellos hombres indignos, y muy frecuentemente de venderlos al que ofreciese mas. Era sin duda muy anterior á estos desórdenes la ceremonia de la investidura. Habia principiado desde que los soberanos concedieron al clero, igualmente que á la milicia, tierras y señoríos de su dependencia, llamados indistintamente beneficios; denominacion que no se apropió hasta mucho tiempo despues á los que hoy se llaman asi. Segun las leyes que entonces regian y que se han conservado siempre despues, ni los clérigos ni los legos podian entrar en posesion de estos dominios sin haber prestado juramento de fidelidad y homenaje al príncipe, y sin haber recibido de él los simbolos de convencion por los cuales se transferia su propiedad. Hé aquí lo que llamaban investidura y vestidura segun los capitulares de Carlo-Magno, donde observamos que el príncipe ponía en la mano del investido un puñado de yerba, un ramo, una vara, un palo ó cualquiera otra produccion de la tierra.

La costumbre de investir por medio del báculo y el anillo, es mucho mas moderna. El abuso en que degeneró despojando al pueblo del derecho de dar testimonio y al clero del derecho de elegir sus pastores, no empezó á parecer insoportable hasta el siglo undécimo. Para sustraer las iglesias de la direccion de personas que no fuesen ele-

gidas por ellos, aunque fuesen investidas todavía por el ceremonial usado con los condes y con los caballeros, los que tenían originariamente el derecho de estas elecciones introdujeron con arte el método de luego que espiraba un abad ó un obispo, nombrarle un sucesor y haerle consagrar sin pérdida de tiempo. Una vez consagrado, la eleccion era irrevocable y el soberano quedaba burlado en sus miras de interés ó de simonia, ó de gracia y favor. Cuando los príncipes conocieron esta especie de astucia, inventaron ellos tambien otra, que fué mandar, que al punto que espirase un obispo les entregasen el báculo y el anillo, que era costumbre dar al sucesor en la ceremonia de la consagracion, de modo que no osaban hacerla sin este requisito. Apoderado el príncipe de estas dos prendas que le entregaba el gobernador ó el magistrado de la ciudad en que el obispo acababa de morir, se hacia dueño absoluto de la consagracion, porque el metropolitano no osaba conferirle sino á la persona que se las presentaba despues de haberlas recibido de su soberano.

Es fácil conocer por esta esposicion, la causa que tuvieron los Papas para combatir las investiduras con tanta perseverancia. Al principio no intentaron otra cosa que contener las consecuencias abusivas, esto es, la violencia de los príncipes con respecto á la eleccion de los prelados, y principalmente el tráfico sacrilego de las prelaturas. Como despues se aseguraron de que la investidura de los beneficiados llevaba por necesidad consigo la distribucion arbitraria de los beneficios, y que mientras durase esta usurpacion se conservarían la simonia y otros muchos vicios, porque no seria fácil quitarlos, determinaron cortar el mal en su raiz atacando las mismas investiduras. Que este motivo fué el que guió su celo, lo muestra evidentemente la conducta de muchos Papas que confirmaron en el episcopado á sujetos

que habian recibido el báculo y el anillo de mano del príncipe, cuando por otra parte no les faltaban evidentes pruebas de su virtud y de las cualidades necesarias para aquella dignidad.

La Epístola escrita por el Papa Pascual á Enrique V luego que le obligaron á retractar la concesion que habia hecho, pone mas en claro esta verdad y suministra argumentos muy plausibles de la animadversion de la Santa Sede con respecto á la nacion germánica en particular. «Aunque la ley divina y los santos cánones, le decia (1), prohiben á los obispos ocuparse en asuntos del siglo, y aun ir á la corte sino es para defender á los oprimidos, se obliga en vuestros Estados á los obispos y á los abades á tomar las armas, de lo que necesariamente se siguen mil desórdenes. Los ministros del Dios vivo son hechos ministros de un príncipe mortal, porque de él han recibido ciudades, fortalezas, ducados y otros bienes pertenecientes á la corona. Nace de aqui el abuso de no consagrar á los preladados si antes no han recibido de mano del emperador el báculo pastoral. Estos abusos movieron á nuestros predecesores á condenar las investiduras en muchos concilios, bajo pena de excomunion, y en este confirmamos su juicio.» Tal fué la causa de las guerras estrañas que tanto tiempo duraron entre los Papas y los emperadores.

El desórden que quisieron contener no tenia límites: los escesos á que daba margen eran espantosos. ¿Habian de desatenderse estos escesos para reprimir el desórden? ¿Habia de disimularse este desórden por el temor de los escesos? ¿Era posible corregir los abusos sin abolir la cosa misma de que se abusaba? Estas cuestiones suspendieron ó dividieron los pareceres de los grandes doctores de aquel tiempo, que se hallaban

(1) *Ep. 22.*

en mejor posicion que nosotros para decidir con conocimiento de causa. El mismo Ivon de Chartres, el mas ilustrado acaso y mas juicioso de su tiempo, disculpando la condescendencia del Papa Pascual, por no haber cedido á la violencia sino por el temor de un cisma en un asunto que no era contrario por su naturaleza á la ley eterna, vitupera no obstante, al menos indirectamente, esta condescendencia (1). Tratábase en el fondo de un interés tan considerable para la Religion, que era muy difícil señalar el punto en que era necesario detenerse. El derecho incontestable que la Iglesia tiene de hacer la institucion de sus ministros y de no recibir sino los que sean dignos de su estado, exigia sin duda que esta trabajase cuanto pudiese antes de abandonar á los príncipes una parte que de la Iglesia han recibido, y principalmente antes de tolerar las trabas vergonzosas, que entonces pretendian imponerla respecto de este punto.

Hasta los griegos se mostraron resentidos de las usurpaciones violentas del rey de Germania. El emperador Alejo Comneno envió una embajada honrosa al Papa Pascual cuando supo los indignos tratamientos que este Pontífice habia sufrido del rey Enrique V (2). Despues de haber prodigado mil elogios á los romanos por el celo y valor con que se habian opuesto á este príncipe, les ofrecia su auxilio; añadiendo, que si querian, iria á Roma, ó les enviaria su hijo Juan, á fin de administrar el poder imperial de un modo bien distinto del que usaba el rey su opresor. Aceptaron la propuesta, pero no tuvo resultado alguno; sin duda porque Alejo estaba bastante ocupado en conservar un resto de imperio, cuyos límites le iban estrechando de dia en dia los turcos.

(1) *Epist. 237.*

(2) *Chron. Gruz. lib. 4, cap. 48.*

Su desavenencia con los peregrinos armados del Occidente, y la mala fé que se le ha atribuido, verosimilmente con exageracion, no le impedian estar sumiso á la Santa Sede; enviaba con frecuencia regalos á la Iglesia romana, á Monte-Casino y aun á Cluny (1). Empleaba por lo regular una parte del dia en la lectura de los libros santos y en platicar con los doctores piadosos; y su celo por la conversion de los hereges le hacia pasar las noches enteras con ellos para sacarlos de sus extravíos.

Mostráronse los mas obstinados ciertos búlgaros, llamados bogomilos en su idioma, esto es, los que imploran la divina misericordia (2). Semejantes en algunos puntos erróneos á los mesalianos, seguian en el fondo los principios odiosos de Manés, y no eran sino una rama del paulicianismo, que se reproducia bajo una nueva forma. La ficcion y la hipocresia, la perfidia y el perjurio, no les eran menos familiares que á los primeros maniqueos. Alejo, que sabia muy bien fingir, aparentó con su hermano Isaac querer abrazar su doctrina, y mandó que le presentasen su gefe. Era este un médico de edad avanzada, llamado Basilio, de talla, cuerpo y aire magestuoso, rostro macilento, barba poco poblada, aunque venerable por su blancura: vestia el hábito monástico, segun la costumbre establecida entre aquellos artificiosos sectarios. Levantóse el emperador de su silla para recibirle, mandó se sentase á su lado y comiese en su mesa: y despues le dijo, que recibiria todas sus palabras como otros tantos oráculos, si queria encargarse del cuidado de su alma. Basilio, ejercitado en fingir, se resistió por el pronto; pero la astucia herética no siempre está á prueba de los prestigios de la corte, y así se dejó sorprender

(1) *Zonar. lib. 18, num. 29.*

(2) *Ib.*

por las adulaciones de los dos príncipes que procedian de acuerdo, y les descubrió sin ficcion todos los misterios de su tenebrosa doctrina.

Inmediatamente despues el emperador reunió el senado y el clero; y el herege, viéndose harto convicto para que pudiese negar con fruto, confirmó todo lo dicho, y declaró que estaba pronto á sostenerlo en medio de las llamas y de los mas horribles tormentos. La ceguedad de estos miserables llegaba hasta persuadirse de que nada tenían que temer de los suplicios, y que los ángeles los librarian hasta del mismo fuego. Permaneciendo inflexible Basilio á pesar de las exhortaciones del emperador, que le mandó sacar muchas veces de la prision para amonestarle, fué por último condenado á ser quemado vivo con una multitud de sus discípulos arrestados despues que él; mas entre estos, muchos negaron que fuesen bogomilos. Para conocer con seguridad los que eran culpables, Alejo, fecundo en estratagemas, mandó encender dos grandes hornos, y delante de uno de ellos enarbolar la cruz, que estos hereges miraban con horror. Dirigiendo despues la palabra á los presos, les dijo: «todos sois acusados, y así id todos al punto al fuego, no sea que algun herege á favor de la mentira evite el castigo que merece. En cuanto á los que se llaman católicos, mejor es que mueran inocentes que no el que vivan con una reputacion que eternizaria el escándalo.» Juzgando los presos que no habia medio alguno de librarse, tomaron cada uno su partido y se dirigieron al horno que denotaba respectivamente su religion. Tocaban ya unos y otros el fuego, y los innumerables espectadores principiaban á murmurar contra el emperador, cuyas miras no conocian, cuando este mandó á los presos que se detuviesen: llenó de elogios á los que habian elegido el horno